

canes de la fonda, socorridos por Rioseco, le cercaban é importunaban.

De pronto, y no pudiendo contenerse, corrió al mostrador de la fonda con una gran servilleta y pidió un peso de pan.

—Pero señor, ¿un peso de pan? ya va á reparar su falta el criado.

—Un peso de pan; replicó fuera de sí. Y llevándolo á su asiento, arrojó la mitad á los perros y la mitad reservó para nosotros, siguiendo la comida como si nada hubiese pasado.

Para corresponder á su obsequio le convidamos á que almorzase con nosotros en San Angel, y Otero, además de lo dispuesto en aquel pueblo, llevaba en el pezebrón del coche *bombé* de colleras y de tres tiros, botellas, frutas y golosinas para alegrar el almuerzo. Caminábamos alegres, y habríamos andado más de una legua en plática divertida y sabrosa, cuando repentinamente é inesperadamente golpeó Rieseco la portezuela y gritó sacando por ella la cabeza:

—Alto, cochero maldito, alto; y de un salto descendió del coche como si hubiera percibido una invasión de bandidos.

—¿Qué le ocurre á Ud., dijo Otero, Sr. D. Manuel?

—Me ocurre que me han mareado y no puedo soportar esos olores asesinos que han metido Uds. en el pesebrón, y no hay remedio, ó ellos ó yo seguimos el camino.

Ya se figurarán los lectores en los apuros en que nos

puso tan desastrada resolución. Fué necesario detenernos una hora para ajustar un viajero que nos aligerase de la carga y que siguiese el invitado en nuestra compañía.

En otra vez le llevamos á Catedral á unos maitines de gran solemnidad; nuestro amigo iba negligentemente vestido; pero al reverberar de las mil luces de la Catedral, al oír el órgano y los cánticos que resonaban en las bóvedas, volvimos la cara, buscamos por todas partes y lo encontramos materialmente soterrado en un rincón obscuro.

—Vamos á seguir andando, Sr. D. Manuel—le dijimos.

—No señores, yo no puedo estar aquí, sino en calidad de ratón, por eso no abandonaré este lugar.

Caminábamos una vez á tres ó cuatro leguas de la Capital, y en punto dado, el camino se bifurcaba, tomando un ramal para un rumbo y otro para otro. Rioseco se comidió á inquirir cuál era el sendero que nos llevara al punto de nuestro destino. Después, al andar mucho tiempo, conocimos que andábamos equivocados y Rioseco se adelantó á una ranchería á tomar lenguas; regresó y nos dijo que teníamos que volver á nuestro punto de partida. Allí buscó Rioseco á la persona que tan mal le había guiado y le dijo: «Párese Ud. ahí y tenga cuidado con lo que voy á hacer;» y diciendo y haciendo, dejando atado el freno á la cabeza de la silla, se dió él mismo una tunda de cachetadas que se puso moro, exclamando: Vea Ud. cómo me castigo por ha-

berle dado crédito á Ud., con esa cara de bruto que no puede hacer dos cosas buenas.

Cuentan que aborrecía mortalmente á su suegra y que cada vez que entraba á la casa le costaba un derrame de bilis, pero guardaba silencio; no pudiendo contenerse cierta vez al ver entrar á la señora en la sala, se volvió á una hermosísima Virgen de Dolores que era de su devoción, hincándose de rodillas y levantando á la Virgen las manos, gritó: Madre Santísima, por la Sagrada Pasión y Muerte de tu divino Hijo, que se vaya esta maldita vieja de mi casa porque me está anticipando las penas del infierno.

Y no obstante lo expuesto, este hombre era un caballero en toda la extensión de la palabra, lleno de talento y de buen juicio en la Cámara, la caridad misma, la honradez personificada.

En las elecciones para la presidencia de la República, compitieron los Grales. Almonte y Arista; pero no teniendo ninguno mayoría absoluta, decidió el Congreso por el Sr. Gral. Arista. Hizo la resignación del mando el Sr. Herrera con noble y sencilla grandeza, dando un testimonio honrosísimo de su respeto á la ley. Las Cámaras continuaron los trabajos para cubrir el presupuesto, y para los proyectos de crédito público el Ministerio de Hacienda realmente estaba tutelado por la junta de crédito público que administraba las aduanas marítimas.

El Sr. Arista, con una rectitud, una asiduidad y un

buen sentido admirables, se dedicó al estudio de los ramos de la Administración. Al rayar la luz estaba en pie. Se aseaba, y le esperaban D. A. Zambrano y un Sr. Pardo, persona de su confianza.

Su sistema riguroso era no pensar en nuevos impuestos sin haberse establecido las más estrictas economías; con esta conciencia se dedicó á la revisión de los gastos de guerra, en que pululaban los abusos, y barrió cien gratificaciones, agregados y supernumerarios, fondo de *masita*, (*sic*) *blanco*, etc., reparación de armamento, gastos exagerados de papelería, combustible de invierno, etc., creándose numerosos enemigos.

La revisión, aunque cauta y silenciosa, de los falsos títulos con que se gravaba al Erario, empeoró la situación; y por último, el establecimiento de pagadores, que desterrando á los habilitados abolía el comercio, los préstamos y empeños entre los jefes de los Cuerpos y sus subalternos que distribuían los haberes, dieron á Arista el carácter de enemigo del ejército, pecado nefando que mantenía á la Administración en perpetua inquietud, y minaba, minuto por minuto, la existencia del gobierno.

Si á todo esto se añade el conocimiento del personal del ejército y la rudeza con que expresaba la cobardía del uno, la causa de la herida en una borrachera del otro, los robos del de más allá, se verá que no eran los que cito elementos de prestigio en una institución tan profundamente viciada como la del ejército, en aquellas épocas.

El contrabando en la frontera, las licencias á que dió lugar el establecimiento de la zona libre y las consignaciones de las deudas vigiladas por la junta de interesados que componían la junta de crédito público, así como los *fondos especiales*, tenían al gobierno exangüe, y sin más elementos de vida que los rendimientos de la Aduana de México, que apenas alcanzaban para el escasísimo socorro de la guarnición.

D. Manuel Robles Pezuela, con una probidad y una energía superiores á todo elogio, secundaba al Sr. Arista en sus tareas patrióticas de regeneración.

Era D. Manuel Robles miembro de una distinguida y rica familia de Guanajuato. Su padre, nombrado Director del Colegio de Minería, trajo con él á su familia. Sus hijos mayores, Manuel y Luis, á quien llamábamos *Ludovico*, se inscribieron en el colegio como alumnos.

Manuel hizo sus estudios todos de una manera brillantísima, ocupando siempre los primeros lugares, y realzando su mérito la posición de su padre, á quien adulaban los profesores, exagerando los talentos y el saber de su hijo.

Robles era obeso, de vientre prominente, de cabeza enorme, casi sin cuello, por tenerlo pegado casi al pecho; ojo grande, inteligentísimo; nariz ancha y abierta como la de un león.

Tenía el notabilísimo defecto de pronunciar la erre como l, y esto le mortificaba al extremo, y le hacía susceptible, porque su defecto dominante, el que un mo-

mento obscurecía sus excelentes prendas y las dotes de su corazón noble y generoso, era la soberbia, al extremo de cegarse, de tener terribles ímpetus, y de ver todo pequeño y despreciable cuando trataba de sostener su razón ó su capricho.

Esto le hacía repelente para los jefes superiores, ignorantes y déspotas, á quien veía Robles sobre el hombro, por su sobresaliente instrucción, finura y representación social.

Así en el sitio de Monterrey fué el censor intransigente de Ampudia, y así en la fortificación de Cerro Gordo insistió, á pesar de los reproches de Santa-Anna, á la fortificación del cerro del Telégrafo, falta que hizo decisiva nuestra derrota por el alarde de la ignorancia de aquel despótico caudillo.

La soberbia y suficiencia de Robles hacían que se humillara con cualquiera superioridad, y mientras permaneció de simple subalterno, sufrió muchísimo; pero su capacidad era extraordinaria, su acierto para las graves decisiones, innegable, y su lealtad, una vez empeñada su palabra, reconocida por todo el mundo desde niño; su espíritu de suficiencia era tanto, que siendo colegial de Minería y jugando en una llanura contigua al Paseo, llamada el Ejido, á saltar zanjas, queriendo competir con uno de sus compañeros, que era muy ágil para los brincos, siendo él torpe por su obesidad, cayó en una zanja, en la que se hundió casi hasta el cuello, y en aquella posición gritaba: no hay cuidado; no se *apulen* Uds., que yo soy muy *hombre*; cuidado

quien se *acelca*; así salió con mil trabajos, sin consentir auxilio, del atolladero.

El Lic. D. J. M. Aguirre, natural del Saltillo, residente en San Luis Potosí, era Ministro de Justicia de Arista, de erudición poco común, de talento clarísimo, de elocuencia arrebatada y de un valor civil superior á toda ponderación, desempeñaba su encargo con ardiente celo; pero que fuese su educación primitiva descuidada, sea su roce en la frontera con gente brusca y atrevida, su vestir, sus modales, y sobre todo, la desnudez de su palabra, herían á los políticos cortesanos, todo exterioridades y mentira; con ideas liberales que sabía sostener con su saber y valentía; se lanzaba á sus contrarios, no como quien discute, sino acometiendo impetuoso como quien golpea, sin atender á razones; discutiendo en el Senado contra el Sr. Rodríguez de San Miguel, que era también biliosísimo, le arrebató la palabra, y le llamó á la puerta del salón, donde los dos padres de la Patria se dieron una safacoca de manazos y puntapiés, para cantar el credo.

Al Illmo. Sr. Garza, que había sido su maestro, y era en el fondo un santo, solía decirle con su rudeza de costumbre: Señor: á su vida de Ud. le ha faltado algo de calavera, correr la tuna, sufrir por las bellas y alegrarse en bureos y parrandas, con lo que el santo Arzobispo quedaba sin saber qué decir.

Acusado ante la Cámara, por haber suspendido arbitrariamente la libertad de imprenta, yo fui uno de sus defensores, y satisfecho de haber conseguido algo

en su favor, abandoné la réplica de un diputado impertinente; pero el Sr. Aguirre tomó la palabra y destruyendo cuanto yo había dicho, exclamó: olviden Uds., señores, cuanto ha expuesto el Sr. Prieto y sus frases tan sentidas, tan bonitamente dichas; aquí no se trata de la mujer que llora, del niño que canta y del pájaro que vuela; se trata de la defensa del gobierno contra la revolución; y la verdad, señores, que yo fui el culpable y así debe declarárase, sí señores, yo soy el reo, y mi gran culpa es haber permitido que sigáis en esos asientos, en que tan débiles os mostráis; sin vosotros el gobierno hubiera procedido más desembarazado, y la revolución se habría aniquilado totalmente. El valor, la grandeza de alma y la actitud resuelta de Aguirre dominaron al Congreso, y declararon absuelto al Ministro por una notable mayoría.

A Monseñor Clementi, Nuncio Apostólico del Papa, le traía á las vueltas, y cuando descubría alguna de sus intrigas, le decía al Sr. Arista: señor, facúlteme Ud. para conjurar ese espíritu. Era muy delgado y pálido Monseñor Clementi. Como decíamos, el Sr. Piña y Cuevas, sólo trataba de poner en evidencia la federación, y dar gusto al partido servil, de que era en el gabinete representante é instrumento. Arista, en los Estados Unidos se había convertido á la causa del derecho; consideraba en mucho al pueblo, daba mucha importancia á las cuestiones económicas, reconocía que el clero viciado y el ejército corrompido eran llagas cancerosas que amenazaban la vida del cuerpo social, pe-

ro Arista no podía desprenderse de sus antiguas relaciones, tenía una especie de consejo en ciertos amigos íntimos, enemigos de sus Ministros, y esto lo hacía aparecer sin motivo como falso, é infundiendo la desconfianza y debilitando los resortes de la seguridad de poder.

Pero la Administración hizo mejoras notables; en todo veía siempre por el bien público, y en materia del pureza de manejo, desprendimiento y honra como gobernante, debe colocarse en primera línea á todo el gabinete del Sr. Arista.

D. Francisco Arrangoiz, que odiaba personalmente á Arista, le pinta como un tráfuga y acumula sus pasados errores con inquina rencorosa; pero el traidor crítico está muy abajo del hombre que se quiso sacrificar y abandonar el poder antes que atropellar la ley.

En Julio de 1851 estalló en Guadalajara un pronunciamiento en contra de Jesús López Portillo, Gobernador entonces del Estado de Jalisco. Encabezaba el pronunciamiento un sombrerero llamado Blancarte, Jefe de guardia nacional. El movimiento al parecer tenía un carácter puramente local, pero rápidamente tomó grandes proporciones. Los conservadores se aprovecharon de la ocasión, modificaron el plan que aceptó Morelia, contra Ocampo. Le hicieron nuevas modificaciones y se presentó amenazante contra el Gobierno de la República.

Las confidencias que hizo el Sr. Arista sobre un proyecto de organización del ejército con un cuadro de

oficiales para tiempo de paz y un régimen de fuerza adecuado á las necesidades de la guerra y con residencia principalmente en la frontera, uniformaron la opinión en contra de Arista, formada por la insurrección de los intereses lastimados por los vampiros del Erario.

En las luchas parlamentarias, en las revueltas peripicias de este agitadísimo período, yo había tomado parte muy activa, sosteniendo hasta donde mis fuerzas alcanzaban los buenos principios y á los hombres próbidos que los defendían.

Yo hacía algunos años me había dedicado al estudio de la Economía política, teniendo por maestro al Sr. Dr. Gálvez, muy entendido en la materia. Pero ese estudio se veía como el de la magia y casi nadie lo tomaba á lo serio.

El Sr. D. Manuel Payno, padre, haciéndome aprender de memoria á Canga, Argüelles y á Flores Estrada y el Sr. D. José Ignacio Pavón, mi jefe, fijándome en Smith y Say, me habían alentado en mis estudios. Pero ante todo, mi práctica en lo concerniente á la Aduana y á la dirección de Rentas, me hacían creer con la pedantería y suficiencia de la edad, capaz para escupir en rueda de personas entendidas en finanzas.

No rebajaban estas pretensiones ni aun mis descarrilamientos á la vida alegre, mi devoción á las chinas y mis distracciones con estas pícaras musas que me encontraba donde menos lo pensaba. En una palabra, ingenuamente aspiraba al Ministerio por amor al re-

nombre, por fanfarrón ú ostentación de lo que sabía, que era muy poco, y que lo creía mucho, y porque se viera que un hombre pobre, y salido de la miseria, tenía valor bastante para desenmascarar pícaros y corregir inveterados abusos. Todo esto habría sido imperdonable en una edad menos temprana que la mía.

Me llamó el Sr. Arista al Ministerio y yo acepté contento y sin fingida modestia.

Había antes trabajado y colaborado á los trabajos de los Sres. Riva Palacio, Aguirre, Yáñez, y sobre todo, del Sr. Payno, muy inteligente, muy práctico y entendido en materias de Hacienda pública, como el más entendido de los discípulos de su ilustre padre el Sr. D. Manuel Payno y Bustamante.

Es un error y una grosera ingratitud con el pasado desconocer los esfuerzos y antecedentes de cada mejora, y en Hacienda la incorregible vanidad de los Ministros, ha hecho y hace que cada uno que entra de nuevo, se persuada que tiene el *fiat lux* entre los labios y que es el descubridor de mundos desconocidos y no es así, porque las más luminosas ideas sobre crédito público, las más eficaces indicaciones sobre la corrección del contrabando, las más luminosas doctrinas sobre las deudas contraídas con súbditos extranjeros que tomaron el nombre de convenciones diplomáticas, zonas fiscales, bancos, etc., etc., todo se había pensado y ensayado; ¿pero quién es el estúpido que pretende se siga una narración reposada y lógica en medio de las interrupciones de un motín? ¿quién es quien pretende

la marcha recta y segura de un pasajero sobre cubierta cuando el buque lucha con la borrasca? ¿quién, en fin, intenta siquiera la regularidad de un retrato fotográfico cuando el retrato estipula de dolor (*sic*) y sufre horribles convulsiones? Tal ha sido el pasado y tan fatuos los que ahora lo desconocen y desprecian.

A mi entrada al Ministerio distinguí el caos, y mi primer intento fué sondear las disposiciones de ánimo del Sr. Arista para afrontar la terrible disipación que teníamos delante.

Mi primer trabajo, antes de emprender trabajo alguno, fué aclarar en lo íntimo con el Sr. Arista hasta qué punto veía peligrosa la situación y hasta dónde era capaz de afrontarla; para esto provoqué una seria conferencia.

El Sr. Arista tenía el hábito de considerarme como dócil y aun sumiso á sus indicaciones, como estudioso y franco, alegre convidado y poeta que andaba por las nubes en pos de la música celestial.

Por mi parte yo consideraba al soldado ignorante y brusco, en el fondo al hombre honradísimo y de intenciones rectas, al patriota sincero, á pesar de sus antecedentes políticos; pero de alta estima á muchos serviles ponzoñosos y al impetuoso militar compañero de Durán de Stávoli, Miñón y otros tipos *sui-generis* del ejército.

Arista fué calavera valiente en su juventud; se recordaban sus lances de joven temerario y sus rarezas, como la de tener por cabalgadura, para andar en

las calles un becerro que él propio había amansado y no olvidaba su bravura.

Con estos antecedentes me encontré en mi conferencia, y al tratar serios asuntos, con un hombre de claro talento, de muy sólido juicio, de sosegada reflexión y de una probidad superior á toda ponderación.

Su viaje á los Estados Unidos había producido en é una revolución completa; su respeto al derecho rayaba en fanatismo; su amor al trabajo tenía mucho de ardiente y religioso, y la máxima de que los gobiernos son para los pueblos y no los pueblos para los gobiernos, no se despegaba de su labor.

Pero estos benéficos y patrióticos principios se contraponían sin poderse hacer conciliables con cierta veneración á los vicios de la administración colonial y, sobre todo, con su altísimo concepto de conservadores testarudos, ignorantes y preocupados, con la prosopopeya cómica y fastuosa de la época virreinal.

Estas contradicciones hacían que Arista, ya filiado en el partido moderado y con aceptación de su programa, pugnase por llevarlo á cabo con Piña y Cuevas, enemigo de la federación, vacilando en su Consejo entre Alamán y Pedraza, Otero y D. Fernando Ramírez, su enemigo, etc. Aunque siempre respetando á sus Ministros é inclinándose á las decisiones de su conciencia.

Alguna vez y en lo íntimo de la confianza, preguntándole la causa de este hábito de tolerancia que se semejava á la debilidad, me dijo: esto lo heredé de mi padre.

—Era mi padre, prosiguió, un español de polendas, grave y silencioso, ojos muy grandes, cara larga y nariz aguileña. Tuvo encargos de intendente en San Luis Potosí y Puebla. Yo nací en San Luis lo mismo que mi hermano Juan. Al estallar el grito de Dolores, mi padre estaba retirado á la vida privada y pocos años después se estableció con toda su familia en Tacubaya. Mi hermano y yo servíamos como cadetes en el ejército, con la notable diferencia de que Juan, consecuente con su sangre y su rey, odiaba á los insurgentes, y yo, no pudiéndome contener, era insurgente de corazón y ansiaba por luchar al lado de los padres de nuestra Independencia. Esta diversidad de opiniones se hizo ostensible, nuestros ánimos se agriaban y truenos de injurias, relámpagos de amenazas y nubes de rencores nos cercaban, en cuanto nos separábamos de la vista de mi padre.

Llegaron las cosas al punto que, temiendo mi hermano y yo un desenlace funesto, resolvimos hacer juez á nuestro mismo padre de nuestras diferencias y nos comprometimos á acatar su mandato.

Fuimos, pues, á su presencia, le expusimos nuestro conflicto, á nuestra vez nos esforzamos por defender cada uno nuestra causa, y el venerable anciano, frío y en imponente actitud, no dejaba percibir el más leve indicio de su propio parecer.

Acabamos de hablar; y nuestro padre, dominando severo su íntima convicción, nos citó para que oyéramos su parecer, á la misma hora del día siguiente.

En efecto, al siguiente día asistimos puntuales á la cita.

El señor mi padre se dirigió primero á Juan y procuró sondear si estaba fijo en su decisión y sus principios seguían el dictado de su conciencia.

Nuestras respuestas fueron decisivas y resueltas, aunque sometiéndola nuestra conducta á lo que el honrado español ordenase.

Este guardó silencio profundo por algunos momentos; después, con una voz levantada y solemnísimamente, dijo: Nada hay más susceptible en el mundo que los dictados de la conciencia. Juan, sigue defendiendo tu bandera y Dios te bendiga.

Mariano, abandona las filas de los realistas y ve á servir con honra á los que luchan por que tengas patria.

Nada hay más respetable en el mundo que la decisión de la conciencia. Este es el origen de mi respeto á la conciencia de los demás.

Vivamente satisfecho y casi con veneración de la honradez del Sr. Arista y de su reconocimiento á la justicia, emprendí mis trabajos.

Como es natural, ante todo, me preocupó la presencia de un deficiente, relativamente enorme, y que formaba el caos en la administración. Los revolucionarios incendiando los pueblos, las convenciones diplomáticas amenazando al Gobierno, la insubordinación en los cuarteles, el hambre aturdiendo con sus gritos y difundiendo el descontento, los salvajes devorando

nuestras fronteras, la usura y el agio devorando con avidez la sangre de los condenados á la miseria. Tal era el débil bosquejo de lo que en realidad representaba el cuadro de la Nación, al hacerme cargo del Ministerio por la bondad del Sr. Arista.

No obstante, resuelto éste á destruir los abusos, establecer la moralidad y reducir al orden al país, no daba tregua un solo instante á sus trabajos, á los que como yo cooperaba enérgicamente con fe y entusiasmo, no solo proyectando reformas sino planteándolas de luego á luego con una energía tal, que han servido hasta el día y pueden señalarse como punto de partida para el decreto del 2 de Octubre, de la Deuda Inglesa, la fijación del carácter de la deuda exterior como el derecho internacional privado, la baja de aranceles que después se conoció con el nombre de «Arancel Payno,» las bases sobre contribuciones después desnaturalizadas por D. Matías Romero, la creación del franqueo previo llevada á cabo á costa de mil sacrificios y consumada por mí en 1856, la liquidación y libertad del tabaco origen de su libertad benéfica y trascendental, y hasta revolución é importancia del establecimiento de ferrocarriles, se ven en los planes del Gobierno del Sr. Arista á quien tuve la gloria de adherirme, con toda la sinceridad y con el ardor de los años que contaba, á remisión de títulos y despacho para el cobro de haberes.

El establecimiento de pagadores hecho por el Sr. Payno y mejorado mucho después por el Sr. Gral. Díaz,